

Hasta lo más modesto tiene para Juana de Ibarbourou color y sabor de encantamiento. "Mi calle, humilde de día, de noche se hace fantástica". El coco, áspera fruta que del Brasil le llega, hace brillante el día lluvioso. "Cuando hundo los dientes en su pulpa compacta, me parece que bebo agua del Amazonas y muerdo sol". El Tacuarí, su río nativo, tiene las aguas hechizadas. Quien calma la sed en ellas se vuelve soñador y vagabundo. El viento del llano le pasa los dedos por la nuca y le hace descender por la espalda "el relámpago de un escalofrío olvidado". Piensa en los vendedores ambulantes, en los indios ateridos de frío, en los negros crepitantes de calor, en las diversas situaciones, costumbres y climas de nuestra inmensa América.

Y enamorada de toda ella, profunda de bondad, quiere la rosa de los vientos, "la que ninguna mujer ha tenido en la cintura ni en los cabellos", para hacerla bailar entre los dedos divinos que acarician el papel en que escriben, "feliz de poseer el dón supremo de dar un soplo cálido a la altiplanicie helada y una corriente fresca al horno tropical". Capricho de niña, pero también de diosa, ese de hacer crecer los arbustos de café y las palmas de coco frente a la cabaña del indiecito triste, de carne erizada por el aire que corta, a tiempo que hace revolcar al viento lo mismo que a un potro, según dice, o que lo hace mover como un abanico entre los negros bulliciosos que en los ingenios se asan!

El mar vuelve a llamarla. Puede sentirse atada y feliz en la contemplación de los valles y los montes, pero no puede escapar a la sugestión del Atlántico, que hasta la puerta de su casa llega, sembrado de caminos. Un afán de partida se apodera de su espíritu, y la mece, y la arrulla, y le ausenta los ojos, que se van tras el espíritu, mientras la reflexión retorna y la convence de que el deseo, bello como deseo, traza arabescos en torno de lo inútil. Símbolo de la felicidad es la escapada hacia tierras remotas, porque siempre creemos que estaremos mejor donde no estamos. La realidad, cuando el deseo se cumple, lo va borrando todo. Ya dijo para siempre Pierre Loti la melancolía de los viajes. ¿De qué valen los cambios si el ser humano encuentra a donde quiera que llega, que anticipadamente instalado lo está esperando su espíritu?

"Quédate donde lo quieran tus fatalidades", escribió Barrés. Nada más dulce que acomodar el ánimo feliz a ese consejo. Todos los días vamos echando raíces. La tierra que nos nutre, nos sorbe. De ella vivimos y para ella vivimos. Poco a poco nos sentimos invadidos de una conformidad que se va transformando en ternura, en amor, en un arraigo tan hondo que ya no es de las plantas sino del corazón, mientras llega la hora de que el corazón se detenga y las plantas se hundan, para siempre jamás, entre el suelo y la som-

bra. Que Juana de Ibarbourou siga iluminando! Aunque quiere irse de la juventud, la juventud la detiene y le afirma en el rostro sus encantos. Todo en ella es musical, es femenino, es poderoso, como invitación a los palacios de la fantasía

que a cada nuevo amanecer construye, y dueña de Montevideo puede, aunque de allá no se mueve nunca, visitar los países de su reino, llenarlos de sus canciones, y bañarlos, en la luz de faro que sus pupilas lanzan, a todos sus devotos.

L. E. Nieto Caballero

Al margen de los Persiflages que se refieren a gentes y cosas de escuelas

Osías Castro y su Escuela de Artes y Oficios del Taller de Obras Públicas.—Hace pocos días oí a unos maestros comentar la visita que acababan de hacer a la Escuela de Artes y Oficios establecida en el Taller de Obras Públicas de San José. Me dieron ganas de ir yo también a curiosear y fui.

Lo que encontré es de aquello en donde el espíritu ansioso de sencillez y de fuerza se siente a sus anchas. Nada de romanticismos y artificios cursis inventados por los modernos pedagogos de estas latitudes—pobres imitaciones de métodos o prácticas de los Estados Unidos—con el fin de producir la ilusión de que están educando.

En la Escuela de Artes y Oficios a que me refiero—y loado por ello sean los dioses!—no acogen al visitante con discursos interminables, ni con recitaciones en coro o individuales ni demás tonterías con aire de cosa inteligente que se acostumbra en la mayor parte de las escuelas y colegios de aquí y de allá. No, lo que salió a nuestro encuentro y nos rodeó luego fué el trabajo, pero el trabajo sin pretensiones de trascendentalismo alguno, desnudo, fresco, alegre, lleno de promesas como un árbol de yemas en primavera. Los obreros son muchachos de trece a diecisiete años lo más. En el recinto palpitan ruidos agradables. Cepillan, serruchan, martillean, tornean, toman medidas, dibujan, forjan, caldean, taladran. En el aire flotan chispas, rubio aserrín y olor a madera nueva. La Geometría no es como en las aulas de las otras escuelas algo que parece no tener arte ni parte en las dimensiones de los cuerpos terres-

tres: va y viene con armonioso movimiento. Los decimales se aplican y no resultan una lucha entre maestro y alumnos. Decroly, Ferriere y demás apóstoles de la Escuela Nueva y de la Escuela del Trabajo, se habrían sentido contentos en este ambiente. Sin embargo ni su fundador Osías Castro, ni los maestros que dirigen el trabajo de los muchachos, saben nada de Pedagogía ni de nuevos ni viejos métodos de enseñanza. Quizá sea por eso que van saliendo adelante con su empeño. (Cómo me parece cada día más cierto aquello de que "el que puede hacer y el que no puede enseñar"). Si yo fuera escultora, gozaría tomando por modelo al adolescente que da con el mazo en el hierro rojo que otro muchacho sostiene sobre el yunque. ¡Cuán bellos sus movimientos al levantar y dejar caer el mazo! ¡Cuánta armonía en este cuerpo joven que trabaja! Se le hinchan los bíceps con el esfuerzo y las venas de la frente se le quiere saltar. El reflejo rojo del hierro candente ilumina el rostro grave de los muchachos absortos en su tarea. El metal se vuelve dócil bajo la energía del brazo y el canto del yunque sube a través del aire luminoso del medio día como un himno al trabajo y a la fuerza.

Hay unos muchachos que con tiras sacadas de unos estañones construyen camas de hierro para la policía y los soldados: así no se los comerán las chinches. Otros remiendan los carretillos que acarrear material en las carreteras en construcción, o les hacen ruedas más resistentes que aquellas con que éstos vienen del extranjero.

Me cuentan que están preparando una exposición para el mes de setiembre próximo. Ya tienen bastantes objetos listos: escritorios, sillas, estantes, martillos, pinzas, llaves fijadas. El hombrecito que apenas si tendrá diecisiete años, ha construido la silla giratoria de escritorio, tan bien terminada que tenemos ante los ojos; ese otro es el que hizo el escritorio artístico que nos señala el maestro de ebanistería, con sus taraceas tan lindas de madera de café y de grevilea. Hay un obrerito que toma medidas y aplica en la construcción del portón de hierro forjado—uno de cuyos batientes está ya por terminarse—los conocimientos que sobre dibujo decorativo le da el maestro de dibujo Arturo Ramón.

La casa abandonada...

(Viene de la página 220)

miento a los gallegos de España. Y yo contesto a Pedro Claramonte que prefiero hacer un llamamiento a los naturales de Galicia, que viven lejos, muy lejos de la patria querida. Tal vez éstos, por vivir lejos, sientan al leer estas líneas una angustia en sus corazones; tal vez vean en la casita que se va a derrumbar el símbolo de toda una tierra que ellos aman tanto, y que es una de las más hermosas de España.

El llamamiento está hecho, querido don Pedro Claramonte; el escritor ha dado lo que podía dar; el fruto de su pluma; que otros den, si quieren, otra cosa.

A z o r í n

Madrid, 1900.

Me cuentan también que algunos de los muchachos son de lejos. Por ejemplo aquel de cara sonriente viene todos los días desde Santa Ana. Si no hace el viaje en camión se anda diariamente entrevenida y vuelta sus 20 kilómetros. Me parece verlo salir al amanecer de su casa, al hombro la alforja con el almuerzo, y recorrer el camino que serpentea entre los campos olorosos a vegetal fresco. En el cielo palidecen las estrellas y los pájaros comienzan a gorjear entre los árboles. El mancebo se ha quitado el sombrero y la brisa le alborota sus cabellos. Es como triunfal esta marcha de cada mañana, con un taller en el término del esfuerzo.

Duele pensar que la máquina haya hecho perder su importancia al trabajo manual en la vida del hombre y que ya un oficio no signifique un noble abrigo contra la miseria.

El maestro de ebanistería se llama Abelardo Chacón, el de dibujo Arturo Ramón y el de herrería Alberto Renaud: los tres jóvenes, de apariencia inteligente y bondadosa. Cuando fui no estaba Arturo Ramón. A primera vista los maestros no se distinguen de los discípulos, tan olvidados están de su rango en el afán del trabajo. Al conversar con ellos no hablan de métodos, ni de buen o mal elemento entre los alumnos. Me enseñan con toda sencillez el trabajo, sin la menor pedantería en el lenguaje o en la actitud, casi sin palabras. Se ve que no se sienten apóstoles como les pasa a los maestros de las escuelas y a los profesores.

El hombre de esta empresa educacional de la Escuela de Artes y Oficios de San José, se llama Osías Castro. Es un obrero joven, inteligente, fuerte y honrado. Al verlo, se comprende al punto que no ha sufrido la influencia funesta de la Pedagogía oficial. Es de los que hacen porque pueden y no de los que seneñan porque no pueden. Según me ha contado después persona enterada, el Gobierno no le ha prestado mayor ayuda en su empeño como se lo ha prestado a los Salesianos. Les faltan muchas cosas, pero no por eso ni él ni los maestros se consideran seres incomprendidos. La necesidad los vuelve ingeniosos y van haciendo con sus alumnos muchos de los instrumentos que les faltaban.

Osías Castro, Alberto Renaud y Abelardo Chacón no desentonarían como maestros en una escuela de la Rusia de los soviets. Dicen que uno de los primeros pedagogos socialistas es el viejo tejedor alemán Robert Seidel. La escuela en donde aprendió a enseñar, fué el telar. Tal vez si cada maestro supiera un oficio, la escuela perdería ese aire de cosa muerta o de museo que tiene.

Osías Castro y sus compañeros no simulan que andan afanadísimos por la cultura del país. Trabajan simplemente por ella y ya está.

Si Osías Castro pudiera seguir al frente de su empresa educacional, la Escuela de Artes y Oficios de San José, llegaría a

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8. Santiago (Chile).

ser algo de inmensa importancia en Costa Rica. Lo malo es que, el mejor día llega cualquier ministro de fomento y lo quita para colocar en lugar suyo a un su pariente o a un su secuaz, y así por arte de la Democracia, que es como decir por arte de la trampa, la Escuela de Artes y Oficios vuelve al limbo de donde la sacara el empeño de un hombre, para aparecer más tarde en el programa de uno de tanto candidatos a la presidencia de la República y no pasar de allí.

Me decían que unos maestros se le ofrecieron a Osías Castro para ir a dar en la Escuela de Artes y Oficios una lecciones de Historia.

¿Cómo irán a ser esas clases de Historia? Seguro mucha fecha y mucho nombre de conquistador con sus crímenes que en los textos de Historia llaman hazañas, conquistadores que hoy andan entre el polvo de la tierra. Y de lo que pasa en este momento en el mundo y en torno nuestro, ni la menor noticia. Porque ¡oh habilidad tenemos los maestros de por acá (y seguramente también los de otras partes) para estar enteradísimos de lo ocurrido hace mil años en Grecia y en Egipto y no saber nada de lo que hacen los Estados Unidos hoy en Nicaragua, ni las Compañías Eléctricas ni la United Fruit Co. en Costa Rica! Si esos maestros que quieren enseñar Historia en la Escuela de Artes y Oficios trataran de comparar las barbaridades de los bárbaros de la antigüedad con las de los bárbaros modernos de Europa y de los Estados Unidos, menos mal, porque así los jóvenes obreros se rebelarían contra muchas cosas respetables y pensarían además que no son los hombres los que deben enojarse porque Darwin creyó encontrarnos un tronco común con el mono, sino que más bien deberían ser los monos los indignandos de que alguien sea capaz de imaginar un parentesco entre ellos y estas alimañas ridículas y soberbias que somos los humanos.

Yo aconsejaría a Osías Castro que no permitiera a persona alguna salida del molde de la Pedagogía oficial el metérsele por sus predios. Eso sería como sembrar yerba loca en un buen cultivo.

Las tenidas fúnebres.—¿Qué cosa tremenda son esas *Tenidas Fúnebres* que de unos años a esta parte están de moda en las escuelas y colegios de Costa Rica!

Colgajos negros en las paredes, hachones que arden con luz siniestra, letanías y réquiems recitados con voz cavernosa, orquestas que tocan la Marcha fúnebre de Chopin o la Danza macabra de Saint-Saens, discursos a lo largo de los cuales el mal gusto del orador suspende figuras lite-

rarias lacrimosas o adjetivos plañideros que flotan en el ambiente cual crespones negros.

¡Dioses todos del Olimpo, si esto es sadismo puro!

¿De donde vendrá esto de *tenida*? Lo he buscado en el Diccionario de la Real Academia y no encontré la palabreja.

¿Qué imaginación romántica y sadista inventó estas tenidas fúnebres?

Acaso se quiere revivir el fanatismo por la Muerte, del siglo XIV?

Morte nihil melius vita nihil pejus.

(Permitidme meter aquí la frase en latín que servía de lema en un libro de aquel siglo. Estos latines dan un aire de erudición a quien los usa, aun cuando los haya copiado del Pequeño Larousse, y hacen tomar a lo que se dice apariencia de verdad incuestionable por más que se trate de una incuestionable mentira). Pues si, estas tenidas fúnebres parecieran inspiradas en el lema del antiguo libro: "Nada hay mejor que la Muerte, nada hay peor que la Vida."

En una ocasión asistí en una escuela, a una de las tales tenidas fúnebres. Fué por ahí de 1925, lo cual indica que no son una gran novedad entre nosotros. La música desgarradora y la tristeza de los oradores pusieron a llorar a todo el mundo. Yo sentía ganas de ser perro y ponerme a aullar como aullan los canes a la luna o como cuando oyen tocar en flauta o violín el *Lago de Como* o *La plegaria de una Virgen*.

En estos días pensaba yo que el término de existencias como la de don Luis Fournier, no deberían ser exaltadas con ceremonias enervantes que en lugar de hacer bien a los jóvenes lo que hacen es ponerles erizo el sistema nervioso, excitarles la sensualidad a través del sentimentalismo. Vidas como la de don Luis Fournier—varón honrado sin sombras ni recovecos en sus proceder—que trabajó y luchó hasta su último instante, y murió pobre, seguramente porque no pudo transigir con la impudicia—merecen ser recordadas bajo el cielo azul, al aire libre y al sol, con cantos fuertes y palabras viriles que impulsen a los jóvenes a seguir el noble ejemplo.

Si yo fuera Ministra de Educación Pública, prohibiría terminantemente esas tenidas fúnebres.

Nuestro país, de gente sin entusiasmo, de ánimo descolorido, necesita otros ejercicios, ejercicios para saber encontrar la alegría que es juventud, inteligencia y salud y no de aquellos para exaltar el Dolor y la Muerte.

Mentira eso de que el dolor es cosa buena. Eso lo podrá decir cualquier diletantti en goce de perfecta salud y tranquilidad, pero nunca el individuo que de verdad está sufriendo.

¿Cuándo será que la Escuela se pone realmente al servicio de la vida, de su presente y futuro, y deja de ser la criada incondicional del pasado y de la muerte?

Carmen Lyra

San José, Costa Rica, Abril del 31.